EL ARTE DE LA SASTRERIA

ENTRE TRADICIÓN Y MAESTRÍA ARTESANAL

Por: **Adriana Sofía Chavarro Motta, Diego Alejandro Castiblanco Bernal, María José Guzmán Alfonso, María Alejandra Quintero Pineda y Laura Camila Robles Ortiz**

Proceso de trazo sobre tela, Enrique Rojas. Fotografía: Adriana Sofía Chavarro Motta.

En un mundo dominado por la velocidad y lo desechable, el oficio del sastre persiste como una práctica rigurosa, tejida con paciencia, técnica y memoria. Aún quedan quienes, con dedal y tiza en mano, insisten en trabajar cada traje desde su esencia: el cuerpo, la conversación, la medida. No es costura simple ni arreglos menores, sino una artesanía precisa que mezcla ciencia, estética y oficio. Esta es una mirada al interior del traje bespoke y los maestros que lo crean.

EL ALMA DEL OFICIO

En la Bogotá de antaño, antes del *prêt-à-porter* (ropa lista para usar) y la moda rápida, la figura del sastre era profundamente respetada. “En ese tiempo no había diseñadores” —cuenta Enrique Rojas, uno de los sastres más antiguos de la ciudad—, “solo sastres y modistas. Ser maestro sastre, el máximo título en el oficio, era un honor”.

En los años cuarenta, cincuenta y sesenta, vestir traje no era un lujo, sino una costumbre. Las fotografías de la época lo revelan: los hombres vestían con trajes de lana de tres piezas y sombrero en mano. Eso implicaba acudir al sastre de confianza. Talleres en barrios como el 7 de Agosto, Chapinero y el centro histórico formaron hombres diestros que tomaban medidas, trazaban patrones y cortaban con tijeras enormes. Los trajes se heredaban de padres a hijos y, con ellos, el nombre del sastre que los había confeccionado. Un buen sastre construía reputación, elegancia y presencia.

Traje cruzado de línea diplomática, Enrique Rojas. Fotografía: Adriana Sofía Chavarro Motta.

Con el tiempo, la estandarización y las grandes cadenas cambiaron la moda. El sastre pasó de ser un experto en antropometría y textiles a ser visto como alguien que hace remiendos y dobladillos. La sastrería se desdibujó en la memoria colectiva y el traje se volvió una prenda genérica, sin historia.

Hoy, los sastres artesanales que mantienen vivo el oficio se cuentan con los dedos. A pesar de la industrialización y la demanda de inmediatez preservan tradiciones centenarias en talleres escondidos entre paños ingleses, tijeras italianas e hilos de seda. Son guardianes de un saber transmitido no en libros, sino en el hacer diario con la tela, el cuerpo y el cliente. Frente al consumo acelerado proponen otra visión: la del cuidado, la artesanía, el tiempo necesario para hacer bien las cosas.

Maestro sastre, Enrique Rojas. Fotografía: Adriana Sofía Chavarro Motta.

> “Siempre hay que esmerarse por ser el mejor, por sacar el mejor producto.”

Fotografía : Adriana Sofía Chavarro Motta.

ENRIQUE ROJAS: EL GUARDIÁN DE LA TRADICIÓN

Con más de cinco décadas dedicadas al arte de la sastrería, Enrique Rojas encarna la esencia del oficio en su forma más pura.

Su taller, fundado en 1974 tras casi veinte años de formación con maestros sastres, es un santuario donde el tiempo parece detenerse entre tijeras, hilos y paños de lana inglesa. Allí la tradición no es un valor simbólico, sino una práctica diaria que se respira en cada puntada. Sus trajes, de líneas estructuradas y confección impecable, responden a los cánones del estilo inglés clásico: hombros marcados, siluetas limpias, equilibrio en proporciones y un dominio absoluto del corte. Rojas trabaja exclusivamente con textiles de altísima calidad —mezclas de lana, seda y *cashmere* provenientes de casas textiles europeas— seleccionados no solo por su lujo, sino por su capacidad de adaptarse al cuerpo y al clima. Cada prenda lleva entre 50 y 70 horas de trabajo repartidas entre cortes precisos, canvas cosido a mano, entalles sucesivos y múltiples pruebas, porque para él no hay margen de error: “un traje bien hecho es como una segunda piel” -explica mientras ajusta el hombro de una chaqueta-, “debe moverse contigo”.

Enrique Rojas ha vestido a presidentes, diplomáticos, empresarios y altos mandos del gobierno colombiano, pero su mayor orgullo no son los clientes ilustres, sino la fidelidad inquebrantable a una forma de hacer sastrería que hoy parece en extinción. Para él el lujo verdadero no está en la ostentación, sino en lo bien que horma un traje, no se nota, pero se siente. “Siempre hay que esmerarse por ser el mejor, por sacar el mejor producto”, afirma con la serenidad de quien ha dedicado una vida entera al perfeccionamiento de su arte.

Sin embargo, su voz también refleja una inquietud creciente: *Ya no hay casi maestros que enseñen este arte y discípulos menos*, lamenta. A pesar de ello, no ha dejado de formar aprendices. Varios de ellos hoy tienen sus propios talleres y otros —como sus hijos— continúan el legado familiar con el mismo rigor. Con más de 70 años dedicados al oficio, Enrique Rojas no solo es una institución de la sastrería nacional, sino un guardián del saber sartorial. Su nombre, inscrito en la memoria de varias generaciones de bogotanos, representa no solo elegancia y tradición, sino la permanencia de una manera de hacer las cosas que resiste el paso del tiempo y las modas pasajeras.

Maestro sastre, Castiblanco Bespoke.
Fotografía: Laura Camila Robles Ortiz.

CASTIBLANCO *BESPOKE*: LA SASTRERÍA COMO LEGADO CONTEMPORÁNEO

Castiblanco fue fundada en 2018 como una sastrería artesanal a medida, inspirada desde sus orígenes por las grandes casas de sastrería italianas y británicas, marcas clásicas que usaban el nombre del sastre como símbolo de prestigio y legado. El proyecto nació de la visión compartida de dos estudiantes de diseño de moda, Alejandro Castiblanco y Juan Lozano, quienes decidieron convertir una idea latente en realidad, negándose a dejarla en un simple “deberíamos”.

Tras aprender el oficio de la sastrería europea de primera mano en Madrid regresaron a Bogotá para fundar su propio taller con una misión clara: rescatar el oficio del sastre y crear prendas de calidad artesanal con una mirada contemporánea. Su propuesta equilibra elegancia, minimalismo y comodidad, priorizando el trabajo hecho a mano y el conocimiento sartorial. Como afirman sus fundadores: “un traje debe sentirse tan cómodo como estar en casa, pero con la presencia y el valor de lo hecho a mano”.

Lo que define a Castiblanco es su doble compromiso: con la excelencia técnica y con el futuro del oficio. Cada prenda fusiona métodos tradicionales, como el canvas flotante cosido a mano con una visión más relajada y actual de la sastrería. *Overshirts*, saharianas y otras piezas híbridas dialogan entre la tradición y la cotidianidad del vestir contemporáneo. Pero más allá de las prendas su taller es también una escuela: un espacio donde jóvenes aprendices descubren que la sastrería puede ser tanto una forma de vida como un acto creativo. “No queremos ser los últimos sastres”, reflexiona uno de sus fundadores, “sino los primeros de una generación que rescate lo manual sin nostalgia”. Con iniciativas como talleres abiertos y colaboraciones con diseñadores emergentes, Castiblanco demuestra que la sastrería *bespoke* no es un lujo inaccesible, sino una apuesta viable, ética y necesaria para preservar un oficio en riesgo de desaparecer.

> “Un traje debe sentirse tan cómodo como estar en casa, pero con la presencia y el valor de lo hecho a mano”

Proceso de confección a mano.
Fotografía: Laura Camila Robles Ortiz.

Fotografía tomada por Adriana Sofía Chavarro Motta.

Detalle de abrigo con taller de fondo, Castiblanco Bespoke. Fotografía: María Alejandra Quintero Pineda.

LO INVISIBLE DEL TRAJE

Un traje bien hecho se distingue por su caída, su aplomo, la perfección de sus líneas. Pero su verdadera magia yace en lo oculto. Un traje *bespoke* no se elige de un perchero: se construye como una casa, a partir del estudio de quien lo llevará.

"No bastan las medidas" —explica Enrique Rojas—, "hay que observar cómo camina, cómo se para, para qué lo usará". Un sastre lee el cuerpo: el ángulo de los hombros, la curvatura de los brazos, la relación entre cuello y torso. También considera el gusto del cliente porque no solo se trata de anatomía, sino de carácter.

El sastre domina los textiles: sabe cómo responde cada fibra al calor, en qué dirección cortar para una caída fluida, cómo reforzar costuras sin sacrificar movilidad. En la sastrería industrial todo está predefinido; en un traje *bespoke* cada patrón es único como la persona para la que se crea.

Al observar el interior de un traje artesanal se entiende su valor. Es una arquitectura textil: capas de crin de caballo, algodón y lana —el canvas o "alma"— se cosen a mano para dar forma al pecho y las solapas. A diferencia de los trajes industriales (pegados con adhesivos), uno artesanal respira, se moldea con el uso. "Un traje bien hecho mejora con los años", explican los fundadores de Castiblanco.

Confeccionar un traje puede tomar entre 72 y 120 horas. Cada detalle es meticuloso: mangas con inclinación precisa, ojales bordados a mano, pruebas de ajuste para perfeccionar caídas y siluetas. "Lo más bonito es que no tiene prisa" —dice el maestro de Castiblanco—. "Aquí nada es al azar: todo tiene un porqué".

UN OFICIO QUE AÚN LATE

En una sociedad obsesionada con la inmediatez, la sastrería artesanal es un acto de resistencia. Cada costura es una promesa: aún hay espacio para lo hecho con las manos, para lo que lleva historia y alma.

El futuro del oficio no depende solo de quienes lo practican, sino de quienes deciden valorarlo. Un traje hecho a mano no es un lujo innecesario, sino una inversión en lo perdurable, en lo único.

Hoy más que nunca, necesitamos oficios que enseñen a trabajar con detalle, a valorar el tiempo y a crear con sentido. La sastrería no solo forma trajes; forma carácter, paciencia, criterio.

Este arte no debería quedar confinado a talleres ocultos. Debería enseñarse, compartirse, abrirse a nuevas generaciones que vean en la aguja y el hilo no solo herramientas, sino un camino profesional y humano.

Para conocer más sobre el trabajo del maestro sastre Enrique Rojas pueden consultar su perfil en *Instagram @enriquerojassusastre*, **visitar su tienda ubicada en la calle 90 # 13-45 o navegar en la página** *web www.enriquerojassusastre.com*.

En cuanto al trabajo de Castiblanco *Bespoke*, este puede ser consultado en la página web *castiblancobespoke.com* **o en el perfil de Instagram** *@castiblanco_bespoke*.

Abrigo en tweed, Castiblanco Bespoke. Fotografía: María José Guzmán Alfonso.